

ERNEST RENAN

EL ISLAM Y LA CIENCIA

CON LA RESPUESTA DE AL-AFGHANI*

Un dogma revelado siempre se opone a la investigación libre, que puede contradecirlo. El resultado de la ciencia no es expulsar, sino alejar siempre lo divino, alejarlo, digo, del mundo de los hechos particulares donde se creía verlo. La experiencia hace retroceder lo sobrenatural y restringe su dominio. Ahora bien, lo sobrenatural es la base de cualquier teología.

Esta conferencia, dictada en la Sorbona en marzo de 1883, desató una interesante controversia con el jeque Jamel Eddine (al-Afghani), cuya respuesta publicamos aquí.

EL ISLAM Y LA CIENCIA¹

He recibido de este auditorio tantas demostraciones de su benevolente atención que me he atrevido hoy a tratar ante ustedes uno de los temas más sutiles, pleno de esas delicadas distinciones que hay que abordar resueltamente cuando se quiere sacar a la historia del campo de las aproximaciones. Lo que casi siempre causa los malentendidos en historia es la falta de precisión en el empleo de las palabras

* Traducción: Ofelia Arruti (CPTI); revisión: Arturo Vázquez Barrón (CPTI); transliteraciones del árabe: Fernando Cisneros (El Colegio de México).

¹ Conferencia dictada en la Sorbona el 29 de marzo de 1883. Para evitar una confusión lamentable y restituir el sentido pretendido por Renan, hemos modificado el título original de *El islamismo y la ciencia*; en esa época, el término *islamismo* (creado según el mismo esquema que *cristianismo*) no tenía la connotación que se le atribuye hoy. (N. del E.)

que designan las naciones y las razas. Se habla de griegos, romanos, árabes, como si esas palabras designaran grupos humanos siempre idénticos a sí mismos, sin tener en cuenta los cambios producidos por las conquistas militares, religiosas o lingüísticas, por la moda y las grandes corrientes de todo tipo que permean la historia de la humanidad. La realidad no se rige por categorías tan simples. Nosotros los franceses, por ejemplo, somos romanos por la lengua, griegos por la civilización y judíos por la religión. El hecho de la raza, vital en su origen, va perdiendo importancia a medida que los grandes hechos universales, llámense civilización griega, conquista romana, conquista griega, conquista germánica, cristianismo, islamismo, Renacimiento, filosofía o revolución, pasan como rodillos trituradores sobre las variedades primitivas de la familia humana y las obligan a confundirse en masas más o menos homogéneas. Quisiera tratar de desembrollar junto con ustedes una de las más grandes confusiones de ideas que se han cometido en este orden, quisiera hablar del contenido equívoco de las palabras: ciencia árabe, filosofía árabe, arte árabe, ciencia musulmana y civilización musulmana. Las ideas vagas que se han formado sobre este punto han provocado muchos juicios falsos e incluso errores prácticos, a veces bastante graves.

Cualquier persona algo instruida en los aspectos de nuestra época ve claramente la inferioridad actual de los países musulmanes, la decadencia de los Estados gobernados por el islam, la nulidad intelectual de las razas que deben su cultura y su educación únicamente a esta religión. Todos aquellos que han estado en Oriente o en África se sorprenden de los alcances fatalmente limitados de un verdadero creyente, de esa especie de círculo de hierro que rodea su mente, cerrándola absolutamente a la ciencia, incapaz de aprender nada ni de abrirse a ninguna idea nueva. A partir de su iniciación religiosa, como a la edad de diez o doce años, el niño musulmán, hasta entonces a veces bastante despierto, de repente se vuelve fanático, lleno de una absurda soberbia por poseer lo que él cree la verdad absoluta, disfrutando como de un privilegio lo que causa su inferioridad. Ese loco orgullo es el vicio radical del musulmán. La aparente simplicidad de su culto le inspira un desprecio poco justificado hacia las demás religiones. Convencido de que Dios da fortuna y poder a quien a Él le parezca bien, sin tener en cuenta educación ni mérito personal, el musulmán siente el más profundo desprecio por la educación, por la ciencia, por todo lo que constituye la mente europea. Ese hábito inculcado

por la fe musulmana es tan fuerte que todas las diferencias de raza y de nacionalidad desaparecen por el hecho de la conversión al islam. El berberisco,^{*2} el sudanés, el circasiano, el malayo, el egipcio, el nubio, convertidos en musulmanes, no son ya berberiscos,* sudaneses, egipcios, etcétera; son musulmanes. Persia es la única excepción; ella ha conservado su propio carácter; porque Persia ha ocupado en el islam un lugar aparte; en el fondo es más chiita que musulmana.

Para atenuar las molestas deducciones contra el islam que uno se siente inclinado a sacar de un hecho tan general, muchas personas han señalado que, después de todo, esta decadencia puede ser tan sólo algo transitorio. Para tranquilizarse sobre el futuro, apelan al pasado. Esta civilización musulmana, ahora tan decaída, otrora fue brillante. Tuvo sabios y filósofos. Durante siglos, fue la maestra del Occidente cristiano. ¿Por qué habría dejado de serlo? Este es precisamente el punto sobre el que quisiera llevar el debate. ¿Hubo realmente una ciencia musulmana, o por lo menos una ciencia aceptada por el islam, tolerada por el islam?

En los hechos que se alegan hay una parte muy real de verdad. Sí; desde más o menos el año 775 hasta cerca de mediados del siglo XIII, es decir, durante aproximadamente cinco siglos, en los países musulmanes hubo sabios y pensadores muy distinguidos. Se puede decir, incluso, que durante esa época el mundo musulmán era superior, en cuanto a cultura intelectual, al mundo cristiano. Pero es importante analizar bien este hecho para no extraer consecuencias erróneas. Es importante seguir siglo por siglo la historia de la civilización en Oriente, para tener en cuenta los diversos elementos que llevaron a esta superioridad momentánea, la cual pronto se convirtió en una inferioridad completamente característica.

Nada más ajeno a todo lo que puede llamarse filosofía o ciencia que el primer siglo del islam. Resultado de una lucha religiosa que duró varios siglos y mantuvo la conciencia de Arabia en suspenso entre las diversas formas de monoteísmo semítico, el islam está a mil leguas de todo lo que puede llamarse racionalismo o ciencia. Los caballeros árabes que se aferraron a él como pretexto para conquistar

² El editor del texto francés a partir del cual se hizo la presente traducción, mantuvo las palabras cuya ortografía difiere de la grafía actual tal como aparecen en el texto original, y las señaló con un asterisco. En español, se trató de encontrar una representación equivalente de los nombres de origen árabe, tomando como referencia a Marcelino Menéndez Pidal, contemporáneo de Renan, cuyas obras con seguridad conoció, y se han conservado los asteriscos en aquellos términos cuya ortografía ya no corresponde en español al uso actual. (N. de los T.)

y saquear fueron, en su momento, los primeros guerreros del mundo; pero eran, sin duda, los hombres menos filósofos. Un escritor oriental del siglo XIII, Abul-Faradj,* al esbozar el carácter del pueblo árabe, se expresaba así: “La ciencia de ese pueblo, de la que tanto se vanaglorian, era la ciencia de la lengua, el conocimiento de sus modismos, la textura de los versos, la hábil composición de la prosa... En cuanto a la filosofía, Dios nada les enseñó y no crearon una propia”. Nada más cierto. El árabe nómada, el más literario de los hombres, es de todos los humanos el menos místico, el menos llevado a la meditación. El árabe religioso se conforma, para explicar las cosas, con un Dios creador que rige el mundo directamente y se revela al hombre a través de profetas sucesivos. Así, mientras el islam estuvo en manos de la raza árabe, es decir, bajo los cuatro primeros califas y bajo los omniades,* no se produjo en su seno ningún movimiento intelectual de carácter profano. Omar no incendió, como se repite a menudo, la biblioteca de Alejandría; esa biblioteca, en su época, había ido desapareciendo poco a poco; pero el principio que hizo triunfar en el mundo era realmente un principio destructor de la investigación erudita y del trabajo variado de la mente.

Todo cambió cuando, hacia el año 750, Persia se impuso e hizo triunfar a la dinastía de los hijos de Abbás sobre los Bani Omayya.* El centro del islam se vio transportado a la región del Tigris y del Éufrates. Ahora bien, este país estaba lleno, además, de los indicios de una de las más brillantes civilizaciones que haya conocido Oriente, la de los persas sasánidas, que habían llegado a su apogeo bajo el reinado de Cosroes Anuschirwan.* El arte y la industria florecían en ese país desde hacía siglos. Cosroes* agregó la actividad intelectual. La filosofía, expulsada de Constantinopla, vino a refugiarse a Persia; Cosroes mandó traducir los libros de la India. Los cristianos nestorianos, que constituían el elemento más considerable de la población, eran versados en la ciencia y la filosofía griegas; la medicina estaba por completo en sus manos; sus obispos eran eruditos de la lógica y la geometría. En las epopeyas persas, cuyo color local está tomado de la época sasánida, cuando Rustem quiere construir un puente, manda traer a un *djathalikik* (*catholicós*, nombre de los patriarcas u obispos nestorianos) como ingeniero.

La terrible ráfaga de viento del islam paró en seco durante unos cien años todo ese bello desarrollo iraní. Pero el advenimiento de los abásidas* parecía una resurrección del resplandor de Cosroes. La revolución que llevó a esta dinastía al trono

la realizaron tropas persas, con jefes persas. Sus fundadores, Abul-Abbás* y sobre todo Mansur, están siempre rodeados de persas. Son, en cierto modo, sasánidas resucitados; los consejeros íntimos, los preceptores de los príncipes, los primeros ministros son los Barmecidas,* familia de la antigua Persia muy ilustre, que permaneció fiel al culto nacional, el parsismo,* y se convirtió al islam tardíamente y sin convicción. Los nestorianos rodearon pronto a estos califas poco creyentes y se convirtieron, por una especie de privilegio exclusivo, en sus primeros médicos. Una ciudad que tuvo en la historia de la mente humana un papel completamente aparte, la ciudad de Harrán, había seguido siendo pagana y había conservado toda la tradición científica de la antigüedad griega: proporcionó a la nueva escuela un considerable contingente de sabios ajenos a las religiones reveladas, sobre todo, hábiles astrónomos.

Bagdad se erigió como la capital de esta Persia renaciente. La lengua de la conquista, el árabe, no pudo ser suplantada, como tampoco pudo serlo la religión negada por completo; pero la mentalidad de esta nueva civilización fue esencialmente mixta. Ganaron los parsis y los cristianos; la administración, en particular la policía, quedó en manos de los cristianos. Todos esos brillantes califas, contemporáneos de nuestros carlovingios, Mansur, Harún-al-Raschid, Mamún, apenas si son musulmanes. Practican exteriormente la religión de la que son los jefes, los papas, si podemos expresarnos así; pero su mente está en otra parte. Sienten curiosidad por todas las cosas, principalmente las cosas exóticas y paganas; interrogan a India, a la antigua Persia, a Grecia sobre todo. A veces, es verdad, los pietistas musulmanes llevan a la corte reacciones extrañas; el califa, en ciertos momentos, se muestra devoto y sacrifica a sus amigos infieles o librepensadores; después, el soplo de la independencia se impone de nuevo; entonces, el califa vuelve a llamar a sus sabios y a sus compañeros de placer, y se reinicia la vida libre, para gran escándalo de los musulmanes puritanos.

Esta es la explicación de esa curiosa y atractiva civilización de Bagdad, cuyas fábulas de las *Mil y una noches* han dejado huella en todas las imaginaciones, extraña mezcla de rigorismo oficial y relajamiento secreto, época de juventud e inconsecuencia, donde las artes serias y las artes de la vida dichosa florecieron gracias a la protección de jefes descreídos de una religión fanática; donde el libertino, aunque siempre bajo la amenaza de los castigos más crueles, es halagado y busca-

do en la corte. Bajo el reinado de estos califas, a veces tolerantes, a veces perseguidores a pesar suyo, se desarrolló el libre pensamiento; los *motecallemin** o “discutidores” tenían sesiones donde se examinaban todas las religiones según la razón. Tenemos, por así decirlo, el informe de una de esas sesiones hecho por un devoto. Permítanme leérselo, tal como lo tradujo el señor Dozy.

Un doctor de Kairoán* pregunta a un piadoso teólogo español, que había viajado desde Bagdad, si, durante su estancia en esa ciudad, no había asistido nunca a las sesiones de los *motecallemin*. “Asistí dos veces” respondió el español, “pero me cuidé bien de no regresar.” “¿Por qué?”, le preguntó su interlocutor. “Juzgue usted”, respondió el viajero. “En la primera sesión a la que asistí, no sólo había musulmanes de todo tipo, ortodoxos y heterodoxos, sino también infieles, guerreros, materialistas, ateos, judíos, cristianos; en resumen, había incrédulos de todos tipos. Cada secta tenía su jefe, encargado de defender las opiniones que profesaba, y cada vez que uno de esos jefes entraba en la sala, todos se levantaban en señal de respeto y nadie retomaba su lugar antes de que el jefe se hubiese sentado. La sala se llenó pronto y, cuando se vio que estaba completa, uno de los incrédulos tomó la palabra: ‘Estamos reunidos para razonar’, dijo. ‘Todos conocen las condiciones. Ustedes, musulmanes, no alegarán razones tomadas de su libro o fundadas sobre la autoridad de su profeta, ya que nosotros no creemos ni en uno ni en otro. Cada uno debe limitarse a argumentos extraídos de la razón.’ Todos aplaudieron estas palabras.” “Comprenderá”, agregó el español, “que después de haber escuchado tales cosas, ya no regresé a esa asamblea. Me propusieron visitar otra; pero era el mismo escándalo.”

Un verdadero movimiento filosófico y científico fue la consecuencia de esta disminución momentánea del rigor ortodoxo. Los médicos sirios cristianos, seguidores de las últimas escuelas griegas, eran muy versados en la filosofía peripatética, en matemáticas, medicina y astronomía. Los califas los utilizaron para traducir al árabe la enciclopedia de Aristóteles, a Euclides, Galeno y Ptolomeo, en una palabra, todo el conjunto de la ciencia griega tal como la tenían entonces. Mentes activas, como Alkindi,* empezaron a especular sobre los eternos problemas que el hombre se plantea sin poderlos resolver. Los llamaron *filsuf* (*philosophos*), y desde entonces esa palabra exótica fue tomada a mal para designar algo ajeno al islam. *Filsuf* se convirtió para los musulmanes en una denominación temible, que en-

trañaba a menudo muerte o persecución, al igual que *zendik* y más tarde *farmasún* (francmasón). Era, hay que confesarlo, el racionalismo más completo que se producía en el seno del islam. Una especie de sociedad filosófica que se llamaba los *Ijuán-es-safa*, “los hermanos de la sinceridad”, se puso a publicar una enciclopedia filosófica, notable por la sabiduría y la grandeza de sus ideas. Dos grandes hombres, Alfarabi* y Avicena, pronto se colocaron a la altura de los pensadores más completos que hayan existido. La astronomía y el álgebra tuvieron, sobre todo en Persia, desarrollos notables. La química prosigue su largo trabajo subterráneo, que se revela al exterior a través de sorprendentes resultados, como la destilación, tal vez la pólvora. La España musulmana sigue a Oriente en estos estudios; allí los judíos aportan una colaboración activa. Avempace,* Ibn-Tofail* y Averroes elevan el pensamiento filosófico del siglo XII a alturas donde no se había visto llegar desde la Antigüedad.

Así, es a este gran conjunto filosófico al que acostumbramos llamar árabe, porque está escrito en árabe, aunque en realidad es grecosasanida. Sería más exacto decir griego; ya que el elemento verdaderamente fecundo de todo esto venía de Grecia. Se valía en esos tiempos de decadencia, en proporción de lo que se sabía de la antigua Grecia. Grecia era la única fuente del saber y del pensamiento recto. La superioridad de Siria y de Bagdad sobre el Occidente latino provenía únicamente de cuán próximas estaban ellas a la tradición griega. Era más fácil tener un Euclides, un Ptolomeo, un Aristóteles en Harrán o en Bagdad que en París. ¡Ah, si los bizantinos hubieran sido unos guardianes menos celosos de tesoros que en ese momento apenas si se leían!; ¡si en el siglo VIII o en el XIX hubiera habido Besariones y Lascaris! No hubiéramos tenido necesidad de ese extraño rodeo que hizo que la ciencia griega nos llegara en el siglo XII a través de Siria, Bagdad, Córdoba y Toledo. Pero esta especie de providencia secreta que hace que, cuando la llama de la mente humana se va a extinguir entre las manos de un pueblo, otro se encuentre ahí para relevarlo y volverla a encender dio un valor de primer orden a la obra, oscura sin aquella, de esos pobres sirios, de esos *filsuf* perseguidos, de esos harranés cuya incredulidad los puso en el bando de la humanidad de entonces. Gracias a sus traducciones árabes de las obras de la ciencia y la filosofía griegas, Europa recibió el fermento necesario de tradición antigua para el nacimiento de su genio.

En efecto, mientras que Averroes, el último filósofo árabe, moría en Marruecos en la tristeza y el abandono, nuestro Occidente se encontraba en pleno despertar. Abelardo ya había dado el grito del racionalismo renacentista. Europa encontró su genio y comenzó esta evolución extraordinaria cuyo último término sería la total emancipación de la mente humana. Aquí, sobre la montaña de Santa Genoveva, se creaba un *sensorium* nuevo para el trabajo de la mente. Lo que faltaba eran los libros, las fuentes puras de la Antigüedad. A primera vista parecería que hubiera sido más natural ir a pedirlos a las bibliotecas de Constantinopla, donde se encontraban los originales, y no recurrir a traducciones a menudo mediocres en una lengua que se prestaba poco para expresar el pensamiento griego. Pero las discusiones religiosas habían creado entre el mundo latino y el mundo griego una deplorable antipatía; la funesta cruzada de 1204 no hizo sino exasperarla. Y además, no teníamos helenistas; tendríamos todavía que esperar trescientos años para tener un Lefèvre d'Étapes, un Budé.

A falta de la verdadera filosofía griega auténtica, que se hallaba en las bibliotecas bizantinas, fuimos a buscar a España una ciencia griega mal traducida y adulterada. No hablaré de Gerberto, cuyos viajes entre los musulmanes son cosa muy dudosa; sin embargo, desde el siglo XI, Constantino el Africano es superior en conocimientos a su época y a su país, porque recibió una educación musulmana. De 1130 a 1150, un colegio activo de traductores, establecido en Toledo bajo el patronazgo del arzobispo Raimundo, tradujo al latín las obras más importantes de la ciencia árabe. Desde los primeros años del siglo XIII, el Aristóteles árabe hizo su entrada triunfal en la Universidad de París. El Occidente se sacudió su inferioridad de cuatrocientos o quinientos años. Hasta ese momento, Europa había sido científicamente tributaria de los musulmanes. Hacia mediados del siglo XIII, la balanza todavía es incierta. A partir de aproximadamente 1275, aparecen claramente dos movimientos: por una parte, los países musulmanes se sumen en la más triste decadencia intelectual; por la otra, Europa Occidental entra resueltamente por su cuenta en esta gran vía de la investigación científica de la verdad, inmensa curva cuya amplitud aún no ha podido ser medida.

¡Ay de aquel que se vuelve inútil para el progreso humano! Es eliminado casi de inmediato. Cuando la ciencia llamada árabe inoculó su germen de vida en el Occidente latino, desapareció. Mientras que Averroes llegó a las escuelas latinas

con una fama casi equiparable a la de Aristóteles, sus correligionarios lo olvidaron. Después de aproximadamente el año 1200, ya no hubo un solo filósofo árabe de renombre. La filosofía había sido siempre perseguida en el seno del islam, pero de una manera que no había logrado suprimirla. A partir de 1200, la reacción teológica la vence por completo. La filosofía es abolida en los países musulmanes. Los historiadores y los polígrafos sólo hablan de ella como de un recuerdo, de un mal recuerdo. Los manuscritos filosóficos son destruidos y se vuelven raros. La astronomía sólo se tolera por la parte que sirve para determinar la orientación del rezo. Pronto, la raza turca se apoderó de la hegemonía del islam e hizo prevalecer en todas partes su falta total de mente filosófica y científica. A partir de ese momento, con algunas raras excepciones como Ibn-Jaldún, el islam ya no tendrá ningún gran pensador; mató a la ciencia y a la filosofía dentro de su seno.

No he pretendido en absoluto, señores, disminuir el papel de esa gran ciencia llamada árabe que marcó una etapa tan importante en la historia de la mente humana. Se ha exagerado su originalidad en algunos puntos, en particular en lo que se refiere a la astronomía; no hay que caer en el otro extremo, despreciándola sin medida. Entre la desaparición de la civilización antigua en el siglo VI y el nacimiento del genio europeo en los siglos XII y XIII, existió lo que se puede denominar el periodo árabe, durante el cual, la tradición de la mente humana se llevó a cabo a través de las regiones conquistadas por el islam. Esta ciencia llamada árabe, ¿qué tenía en realidad de árabe? La lengua, sólo la lengua. La conquista musulmana había llevado la lengua de Hedjaz hasta el fin del mundo. Al árabe le ocurrió lo que al latín, el cual se convirtió en Occidente en la expresión de sentimientos e ideas que nada tenían que ver con el antiguo Lacio. Averroes, Avicena y Albategni* son tan árabes, como Alberto el Grande, Rogerio Bacon, Francis Bacon y Spinoza son latinos. Asimismo, es un error tan grande atribuirle a Arabia la ciencia y la filosofía árabes como atribuirle toda la literatura cristiana latina, toda la escolástica, todo el Renacimiento, toda la ciencia del siglo XVI y parte de la del siglo XVII a la ciudad de Roma, porque todo eso está escrito en latín. Lo que sí es muy notable, en efecto, es que entre los filósofos y sabios llamados árabes, apenas si haya habido uno solo, Alkindi, de origen árabe; todos los demás eran persas, transoxianos, españoles, gente de Bojará,* Samarcanda, Córdoba, Sevilla. No sólo no eran árabes de sangre, sino que no tenían nada de árabe en su forma de pensar.

Utilizaban el árabe; pero les molestaba, como a los pensadores de la Edad Media les molestaba el latín, y lo destrozaban al usarlo. El árabe, que se presta bien para la poesía y para una cierta elocuencia, es un instrumento muy incómodo para la metafísica. Los filósofos y sabios árabes son, en general, escritores bastante malos.

Esa ciencia no es árabe. ¿Es acaso musulmana? ¿Ofreció el islamismo algún seguro secular a esas investigaciones racionales? ¡Oh, de ninguna manera! Este hermoso movimiento de estudios es totalmente obra de parsis, cristianos, judíos, harraníes, ismaelitas, musulmanes interiormente sublevados contra su propia religión. De los musulmanes ortodoxos no recibió más que maldiciones. Mamún, el califa que mostró mayor celo para la introducción de la filosofía griega, fue condenado sin piedad por los teólogos; las desgracias que afligieron a su reinado fueron presentadas como castigos por su tolerancia a doctrinas ajenas al islam. No era raro que, para agradar a la multitud alborotada por los imanes, se quemaran en las plazas públicas o se arrojaran en los pozos y cisternas los libros de filosofía y astronomía. A quienes cultivaban esos estudios los llamaban *zendiks* (infieles); los golpeaban en las calles, les quemaban sus casas y, con frecuencia, cuando quería ganar popularidad, el poder los mandaba matar.

Así que, en realidad, el islamismo siempre persiguió a la ciencia y a la filosofía. Terminó por asfixiarlas. Sólo hay que distinguir a este respecto dos periodos en la historia del islam; uno, desde sus comienzos hasta el siglo XII; el otro, desde el siglo XIII hasta nuestros días. En el primer periodo, el islam, minado por las sectas y moderado por una especie de protestantismo (lo que llaman el motazilismo), estaba menos organizado y era menos fanático que lo que ha sido en el segundo periodo, cuando cayó en manos de las razas bárbaras y bereberes, razas pesadas, brutales y sin agudeza mental. Los primeros árabes que se comprometieron en el movimiento apenas si creían en la misión del Profeta. Durante dos o tres siglos, la incredulidad apenas se disimula. Luego viene el reinado absoluto del dogma, sin ninguna separación posible de lo espiritual y lo temporal; el reinado con coerción y castigos corporales para quienes no practican; un sistema, en fin, que apenas si ha sido rebasado, en cuanto a vejación, por la Inquisición española. La libertad nunca ha sido más profundamente herida que por una organización social donde la religión domina absolutamente la vida civil. En los tiempos modernos, sólo hemos visto dos ejemplos de un régimen así; por una parte, los Estados musul-

manes; por la otra, el antiguo Estado pontificio de la época del poder temporal. Y hay que decir que el papado temporal no tuvo peso más que en un pequeño país, mientras que el islamismo oprime vastas porciones de nuestro globo y mantiene la idea más opuesta al progreso: el Estado fundado sobre una pretendida revelación, la teología que rige a la sociedad.

Los liberales que defienden el islam no lo conocen. El islam es la unión indiscernible de lo espiritual y lo temporal, es el reinado de un dogma, es la cadena más pesada que la humanidad haya cargado jamás. En la primera mitad de la Edad Media, lo repito, el islam apoyó la filosofía, porque no la pudo impedir; no la pudo impedir porque estaba sin cohesión, poco habilitado para el terror. La policía, como he dicho, estaba en manos de cristianos y ocupada principalmente en perseguir las tentativas de los partidarios de Alí. Una infinidad de cosas pasaron a través de la malla de esa red tan laxa. Pero cuando el islam dispuso de masas ardentemente creyentes, destruyó todo. El terror religioso y la hipocresía estuvieron a la orden del día. El islam fue liberal cuando fue débil, y violento cuando fue fuerte. No lo honremos por lo que no pudo suprimir. Honrar al islam por la filosofía y la ciencia que no pudo aniquilar primero es como honrar a los teólogos por los descubrimientos de la ciencia moderna. Estos descubrimientos se hicieron a pesar de los teólogos. La teología occidental no ha sido menos persecutoria que la del islamismo. Sólo que ésta no ha tenido éxito, no ha destruido la mente moderna como el islamismo destruyó la mente de los países que conquistó. En nuestro Occidente, la persecución teológica sólo triunfó en un único país: España. Ahí, un terrible sistema de opresión ha asfixiado la mente científica. Apresurémonos a decirlo, ese noble país tomará su revancha. En los países musulmanes pasó lo que hubiera ocurrido si la Inquisición, Felipe II y Pío V hubieran triunfado en su plan de detener la mente humana. Francamente, siento mucha pena de estar agradecido a los genios del mal porque no lo hayan logrado. No; las religiones tienen sus grandes y bellos momentos, cuando consuelan y animan las partes débiles de nuestra pobre humanidad; pero no hay que elogiarlas por lo que nace a pesar de ellas, por aquello que intentaron sofocar en la cuna. No se hereda a la gente que uno asesina; los perseguidores no deben beneficiarse en absoluto de las cosas que persiguen.

Ahí está, sin embargo, el error que se comete por exceso de generosidad cuando se atribuye a la influencia del islam un movimiento que se produjo a pesar del islam, contra el islam, y que el islam, felizmente, no pudo impedir. Honrar al islam de Avicena, de Avenzoar,* de Averroes, es como si se honrara al catolicismo de Galileo. La teología obstaculizó a Galileo; que no haya sido lo suficientemente fuerte para bloquearlo del todo no es una razón para que se le dé un gran reconocimiento. ¡Lejos de mí las palabras de amargura contra alguno de los símbolos en los que la conciencia humana ha buscado el descanso a miles de problemas insolubles que le presentan el universo y su destino! El islamismo tiene partes hermosas como religión; no he entrado nunca en una mezquita sin sentir una viva emoción, ¿diría?, sin un cierto pesar por no ser musulmán. Pero, para la razón humana, el islamismo sólo ha sido perjudicial. Las mentes que ha cerrado a la luz tal vez ya lo estaban por sus propios límites interiores; pero ha perseguido el libre pensamiento, no diría más violentamente que otros sistemas religiosos, pero sí más eficazmente. Ha convertido a los países que ha conquistado en un campo cerrado a la cultura racional de la mente.

En efecto, lo que distingue esencialmente al musulmán es el odio a la ciencia, la convicción de que la investigación es inútil, frívola, casi impía: la ciencia de la naturaleza, porque es una competencia con Dios; la ciencia histórica, porque al aplicarse a épocas anteriores al islam podría reavivar antiguos errores. Uno de los testimonios más curiosos a este respecto es el del jeque Rifaa, que vivió muchos años en París como capellán de la Escuela Egipcia y quien, a su regreso a Egipto, escribió una obra llena de las observaciones más curiosas sobre la sociedad francesa. Su idea fija es que la ciencia europea, sobre todo por su principio de la permanencia de las leyes de la naturaleza, es de cabo a rabo una herejía; y, hay que decirlo, desde el punto de vista del islam, no estaba del todo errado. Un dogma revelado siempre se opone a la investigación libre, que puede contradecirlo. El resultado de la ciencia no es expulsar, sino alejar siempre lo divino, alejarlo, digo, del mundo de los hechos particulares donde se creía verlo. La experiencia hace retroceder lo sobrenatural y restringe su dominio. Ahora bien, lo sobrenatural es la base

* *Sic.*

de cualquier teología. El islam, al tratar a la ciencia como su enemiga, sólo es consecuente, pero es peligroso que sea demasiado consecuente. El islam ha tenido éxito para su desgracia. Al matar a la ciencia, se ha matado a sí mismo, se ha condenado en el mundo a una completa inferioridad.

Cuando se parte de esta idea de que la investigación es algo que atenta contra los derechos de Dios, inevitablemente se llega a la pereza mental, a la falta de precisión, a la incapacidad de ser exacto. *Allah áalam*,* “Dios sabe mejor lo que es”, es la última palabra de cualquier discusión musulmana. Está bien creer en Dios, pero no tanto. En los primeros tiempos de su estancia en Mosul, el señor Layard deseó, perspicaz como era, tener algunos datos sobre la población de la ciudad, sobre su comercio y sus tradiciones históricas. Se dirigió al cadí, que le dio la siguiente respuesta, cuya traducción debo a una comunicación afectuosa:

“¡Oh, mi ilustre amigo! ¡Oh, alegría de los vivos!

“Lo que tú me pides es a la vez inútil y dañino. Aunque todos mis días hayan transcurrido en este país, nunca se me ocurrió contar las casas ni informarme del número de sus habitantes. En cuanto a este que pone sus mercancías sobre sus mulas o aquél, en el fondo de su barca, de verdad, es algo que no me interesa para nada. Respecto a la historia anterior de esta ciudad, sólo Dios la sabe, y sólo Él podría decir cuántos errores cometieron sus habitantes antes de la conquista del islamismo. Sería peligroso para nosotros querer conocerlos.

“¡Oh, amigo mío! ¡Oh, mi cordero, no intentes conocer lo que no te concierne! Has venido a vivir entre nosotros y nosotros te hemos dado la bienvenida: ¡Vete en paz! En verdad, todas las palabras que me has dicho no me han hecho ningún mal, pero el que habla es uno y el que escucha es otro. Según la costumbre de los hombres de tu nación, has recorrido muchas regiones hasta que ya no encuentres la felicidad en ningún lado. Nosotros (¡Bendito sea Dios!) hemos nacido aquí y no deseamos irnos.

“Escucha, ¡oh, hijo mío!, no hay ninguna sabiduría igual a la de creer en Dios. Él creó el mundo; ¿debemos tratar de igualarlo buscando penetrar en los misterios de Su creación? Ve aquella estrella que gira allá arriba alrededor de esa estrella, mira esa otra estrella que arrastra una cola y que tarda tantos años en venir y tantos años en alejarse; déjala, hijo mío, Aquél cuyas manos la formaron sabrá bien conducirla y dirigirla.

“Pero tú me dirás quizá: ‘¡Oh, hombre!, ¡retírate, porque yo soy más sabio que tú y he visto cosas que tú ignoras!’ Si piensas que esas cosas te han hecho mejor que yo, sé doblemente bienvenido; pero en cuanto a mí, yo bendigo a Dios de no buscar lo que no necesito. Tú sabes cosas que no me interesan, y lo que has visto, yo lo desdeño. ¿Una ciencia más vasta te creará un segundo estómago? Y tus ojos, que van fisgoneando por todas partes, ¿te ayudarán a encontrar el paraíso?

“¡Oh, amigo mío!, si quieres ser feliz, exclama: ‘¡Sólo Dios es Dios!’ No hagas daño, y entonces no temerás ni a los hombres ni a la muerte, porque tu hora llegará.”

Este cadí es muy filósofo a su manera; pero he aquí la diferencia. Nos parece encantadora la carta del cadí, y a él le parecerá abominable lo que nosotros decimos aquí. Es que, por otra parte, para una sociedad las consecuencias de una mente así son funestas. De dos consecuencias que implica la falta de mentalidad científica, la superstición o el dogmatismo, la segunda es quizá peor que la primera. El Oriente no es supersticioso; su gran mal es el dogmatismo estrecho que se impone por la fuerza a la sociedad entera. El fin de la humanidad no es quedarse en una ignorancia resignada; es la guerra implacable contra lo falso, la lucha contra el mal.

La ciencia es el alma de una sociedad, porque la ciencia es la razón. Ella crea la superioridad militar y la superioridad industrial. Ella creará un día la superioridad social, quiero decir, un estado de sociedad donde se procurará la cantidad de justicia que es compatible con la esencia del universo. La ciencia pone la fuerza al servicio de la razón. En Asia hay elementos de barbarie análogos a los que formaron los primeros ejércitos musulmanes y esos grandes ciclones de Atila y Gengis Khan. Pero la ciencia les corta el paso. Si Omar, si Gengis Khan hubieran encontrado frente a ellos una buena artillería, no hubieran rebasado los límites de su desierto. No hay que detenerse en aberraciones momentáneas. ¿Qué tanto no se dijo al principio contra las armas de fuego, las cuales, sin embargo, han contribuido a la victoria de la civilización? Yo tengo la convicción de que la ciencia es buena, de que ella sola proporciona las armas contra el mal que se puede hacer con ella, que, en definitiva, sólo servirá el progreso, quiero decir, el verdadero progreso, el que es inseparable del respeto al hombre y a la libertad.

RESPUESTA DEL JEQUE DJAMEL EDDINE³

*Señor:*⁴

Leí en su estimable periódico del 29 de marzo pasado un discurso sobre “El islamismo y la ciencia”,⁵ dictado en la Sorbona ante un distinguido auditorio por el gran filósofo de nuestra época, el ilustre señor Renan, cuyo renombre ha llenado todo el Occidente y penetrado en los países más alejados de Oriente; y como ese discurso me ha sugerido algunas observaciones, me tomé la libertad de formularlas en esta carta que tengo el honor de dirigirle, rogándole que le dé acogida en sus columnas.

El señor Renan quiso aclarar un punto de la historia de los árabes que ha permanecido oscuro hasta ahora y arrojar una luz intensa sobre su pasado, una luz quizá algo perturbadora para quienes profesaron un culto particular a ese pueblo del que no se puede decir, sin embargo, que haya usurpado el lugar y el rango que ocupó antaño en el mundo. El señor Renan tampoco pretendió, creemos, destruir la gloria de los árabes, que es indestructible; se dedicó a descubrir la verdad histórica y darla a conocer tanto a quienes la desconocen como a quienes estudian, dentro de la historia de las naciones y en particular dentro de la de la civilización, las huellas de las religiones. Me apresuro a reconocer que el señor Renan cumplió maravillosamente con esta tarea tan difícil, discutiendo algunos hechos que habían pasado inadvertidos hasta hoy. Encuentro en su discurso observaciones notables, apreciaciones nuevas y un encanto indescriptible. No obstante, mis ojos sólo se han posado en una traducción más o menos fiel de ese discurso. Si me hubiera sido dado leerlo en el texto francés, hubiera podido identificarme más con las ideas de ese gran filósofo. ¡Que reciba mi humilde saludo como un merecido homenaje y como la sincera expresión de mi admiración! Le diría, por último, en estas circunstancias, lo que Al-Mutanabbi,⁶ un poeta que amó la filosofía, escribía hace algunos siglos a un alto personaje cuyas acciones admiraba: “Reciba”, le decía, “los elogios que puedo darle; no me obligue a concederle los elogios que se merece”.⁷

³ *Sic.* Véase nuestra nota 2 en la página 124 (N. del E.).

⁴ Esta carta, dirigida al director del *Journal des débats*, se publicó en la edición del 18 de mayo de 1883.

⁵ A propósito de este título, véase nuestra nota 1 en la página 122.

⁶ Al-Mutanabbi (303/915-354/965), nacido en Kufa, Irak, es uno de los más grandes maestros del árabe arcaico. “Vagaba de morada en morada, abonado en largo viaje” y murió asesinado cuando regresaba a Bagdad (N. del E.).

⁷ Cita ambigua si se la relaciona con el pensamiento subversivo del gran poeta contestatario que fue Al-Mutanabbi. ¿Indirecta de Al-Afghani? (N. del E.).

El discurso del señor Renan abarca dos puntos principales. El eminente filósofo se dedica a demostrar que la religión musulmana era, por su propia esencia, opuesta al desarrollo de la ciencia, y que al pueblo árabe, por su naturaleza, no le agradaban ni las ciencias metafísicas ni la filosofía. Esta planta preciosa, parece decir el señor Renan, se seca entre sus manos como quemada por el soplo del viento del desierto. Pero después de la lectura de este discurso no puede uno dejar de preguntarse si esos obstáculos provienen únicamente de la propia religión musulmana o de la manera como se propagó en el mundo, del carácter, las costumbres o las aptitudes de los pueblos que adoptaron esa religión o de aquellas naciones a las que se la impusieron a la fuerza. Quizás, la falta de tiempo impidió que el señor Renan dilucidara estos puntos: pero no por eso es menor el daño y, si resulta penoso determinar las causas de una manera precisa y para obras irrefutables, es aún más difícil señalar el remedio.

En lo que respecta al primer punto, diría que, en su origen, ninguna nación es capaz de dejarse guiar por la razón pura. Atormentada por los temores de los que no se puede sustraer; es incapaz de distinguir el bien del mal, de reconocer entre lo que puede causar su felicidad y lo que puede ser la fuente inagotable de sus desgracias y sus infortunios. No sabe, en una palabra, ni remontarse a las causas ni discernir sus efectos.

Esta laguna hace que no se pueda llevarla ni por la fuerza ni por la persuasión a practicar las acciones que podrían serle más provechosas, ni a apartarla de lo que le es perjudicial. Fue necesario que la humanidad buscara fuera de ella misma un vínculo de refugio, un rincón posible donde su conciencia atormentada pudiera encontrar el reposo, y fue entonces cuando surgió un educador cualquiera que, no teniendo, como dije antes, el poder necesario para obligarla a seguir las inspiraciones de la razón, la lanzó a lo desconocido y la abrió a los vastos horizontes donde se complacía la imaginación y donde ella encontró, si bien no la satisfacción completa de sus deseos, al menos un campo ilimitado para sus esperanzas. Y como la humanidad, en su origen, ignoraba las causas de los acontecimientos que transcurrían bajo sus ojos y los secretos de las cosas, forzosamente se vio inducida a seguir los consejos de sus preceptores y las órdenes que le dieron. Esta obediencia le fue impuesta en nombre del Ser superior, al que sus educadores atribuían todos los acontecimientos, sin permitirle discutir su utilidad o sus inconvenientes. Es, quizás, uno de los yugos más pesados y más humillantes para el hombre, lo reconozco, pero no se puede negar que, gracias a esta educación religiosa, sea esta musulmana, cristiana o pagana, todas las naciones salieron de la barbarie y progresaron hacia una civilización más avanzada.

Si bien es cierto que la religión musulmana es un obstáculo para el desarrollo de las ciencias, ¿puede afirmarse que no desaparecerá algún día ese obstáculo? ¿En qué difiere la religión musulmana de otras religiones? Todas las religiones son intolerantes, cada una a su manera. La religión cristiana, quiero decir, la sociedad que sigue sus inspiraciones y sus enseñanzas y que ella ha formado a su imagen, ha salido del primer periodo al que acabo de hacer alusión; y libre e independiente desde entonces, parece avanzar rápidamente por la vía del progreso y de las ciencias, mientras que la sociedad musulmana todavía no se ha liberado de la tutela de la religión. Considerando, sin embargo, que la religión cristiana antecedió por muchos siglos en el mundo a la religión musulmana, no puedo dejar de esperar que la sociedad mahometana llegue un día a cortar sus ataduras y a avanzar resueltamente por el sendero de la civilización a semejanza de la civilización occidental, para la cual, la fe cristiana, a pesar de sus rigores y su intolerancia, no ha sido un obstáculo invencible. No, no puedo aceptar que esta esperanza se le quite al islam. Defiendo aquí, ante el señor Renan, no la causa de la religión musulmana, sino la de varias centenas de millones de hombres que, de otro modo, serían condenados a vivir en la barbarie y la ignorancia.

A decir verdad, la religión musulmana ha intentado sofocar la ciencia y detener el progreso. Ha logrado así frenar el movimiento intelectual o filosófico y apartar las mentes de la búsqueda de la verdad científica. Un intento similar, si no me equivoco, fue realizado por la religión cristiana, y los venerados jefes de la iglesia católica todavía no lo han desactivado, que yo sepa. Siguen luchando enérgicamente contra lo que llaman el espíritu de vértigo y de error. Sé todas las dificultades que los musulmanes tendrán que superar para alcanzar el mismo grado de civilización, si el acceso a la verdad con ayuda de los procedimientos filosóficos y científicos les está vedado. Un verdadero creyente debe, en efecto, apartarse de la vía de los estudios que tienen por objeto la verdad científica, de la que cualquier verdad debe depender, según una opinión aceptada al menos por algunos en Europa. Uncido, como el buey a la yunta, al dogma del que es esclavo, debe marchar eternamente en el mismo surco que le trazaron con anticipación los intérpretes de la ley. Convencido, además, de que su religión comprende en sí misma toda la moral y todas las ciencias, se aferra a ella resueltamente y no hace ningún esfuerzo por ir más allá. ¿Por qué cansarse en vanas tentativas? ¿De qué le serviría buscar la verdad cuando cree poseerla por completo? ¿Sería más feliz el día que perdiera su fe, el día que dejara de creer que todas las perfecciones están en la religión que practica y no en otra? Por tanto, desprecia la cien-

cia. Sé todo eso, pero también sé que ese niño musulmán y árabe, cuyo retrato nos describe el señor Renan en términos tan vigorosos y quien, a una edad más avanzada, se vuelve “fanático, lleno de una absurda soberbia por poseer lo que él cree la verdad absoluta”, pertenece a una raza que ha marcado su paso por el mundo, no sólo por el fuego y la sangre, sino por obras brillantes y fecundas que prueban su gusto por la ciencia, por todas las ciencias, entre ellas la filosofía, con la cual, debo reconocerlo, no ha podido llevarse bien durante mucho tiempo.

Me veo inducido aquí a hablar del segundo punto que el señor Renan ha tratado en su conferencia con una autoridad indiscutible. Nadie ignora que el pueblo árabe, aun cuando estaba en estado de barbarie, se lanzó por la vía del progreso intelectual y científico con una rapidez que sólo ha sido igualada por la velocidad de sus conquistas; pues, en el espacio de un siglo, adquirió y asimiló todas las ciencias griegas y persas que se estudiaron desarrollando lentamente durante varios siglos sobre el suelo natal, cuando extendía su dominación de la península arábiga hasta las montañas del Himalaya y la cumbre de los Pirineos.

Se puede decir que en todo este periodo, las ciencias hicieron progresos sorprendentes entre los árabes y en todos los países sometidos a su dominación. Roma y Bizancio eran entonces las sedes de las ciencias teológicas y filosóficas, al igual que el centro luminoso y como el fuego ardiente de todos los conocimientos humanos. Comprometidos desde hace varios siglos en la senda de la civilización, los griegos y los romanos recorrieron con paso seguro el vasto campo de la ciencia y la filosofía. Sin embargo, llegó un momento en el que sus investigaciones se abandonaron y se interrumpieron sus estudios.

Los monumentos que le habían levantado a la ciencia se derrumbaron y sus libros más preciados quedaron relegados al olvido. Los árabes, por muy ignorantes y bárbaros que fueran en su origen, recuperaron lo que había sido abandonado por las naciones civilizadas, reavivaron las ciencias extintas, las desarrollaron y les dieron un brillo que no habían tenido jamás. ¿No está ahí el indicio y la prueba de su amor natural por las ciencias? Es verdad que los árabes tomaron la filosofía de los griegos cuando despojaron a los persas de lo que les daba fama en la Antigüedad. Pero esas ciencias, que usurparon por derecho de conquista, ellos las desarrollaron, ampliaron, aclararon, perfeccionaron, completaron y coordinaron con un gusto perfecto, con una precisión y una exactitud únicas. Por lo demás, los franceses, los alemanes y los ingleses no han estado más alejados de Roma y de Bizancio que los árabes, cuya capital era Bagdad. A estos, por tanto, les era más fácil explotar los tesoros científicos escondidos en esas dos grandes ciudades. No intentaron ningún

esfuerzo en ese sentido hasta el día en el que la civilización árabe vino a iluminar con sus reflejos las cumbres de los Pirineos y a arrojar sus luces y sus riquezas sobre Occidente. Los europeos recibieron bien a Aristóteles, emigrado y convertido en árabe; pero no pensaron para nada en él cuando era griego y su vecino. ¿No es ésta otra prueba no menos evidente de la superioridad intelectual de los árabes y de su apego natural a la filosofía? Es cierto que después de la caída del reino de los árabes, tanto en Oriente como en Occidente, los países que se habían convertido en grandes sedes de la ciencia, como Irak y Andalucía, volvieron a caer en la ignorancia y se convirtieron en el centro del fanatismo religioso; pero no se podría concluir de este triste espectáculo que el progreso científico y filosófico de la Edad Media no se haya debido al pueblo árabe que reinaba entonces.

El señor Renan, por otra parte, le reconoce ese mérito. Reconoce que los árabes conservaron y mantuvieron durante siglos el centro de la ciencia. ¡Qué misión tan noble para un pueblo! Pero reconociendo que desde aproximadamente el año 775 de la era cristiana hasta casi mediados del siglo XIII, es decir, durante alrededor de quinientos años, hubo en los países musulmanes sabios y pensadores muy distinguidos y que, durante ese tiempo, el mundo musulmán fue superior, en cuanto a cultura intelectual, al mundo cristiano. El señor Renan ha dicho que los filósofos de los primeros siglos del islamismo, así como los hombres de Estado que se ilustraron en esa época, eran en su mayoría de Harrán, Andalucía y Persia. También había entre ellos transoxianos y sacerdotes de Siria; no quiero negar las grandes cualidades de los sabios persas ni el papel que desempeñaron en el mundo árabe; pero que se me permita decir que los harraníes eran árabes y que los árabes que ocuparon España y Andalucía no perdieron su nacionalidad; siguieron siendo árabes. Varios siglos antes del islam, la lengua árabe era la de los harraníes. El hecho de que hayan conservado su antigua religión, el sabeísmo, no debe hacer que se les considere ajenos a la nacionalidad árabe. Los sacerdotes sirios también eran en su mayoría árabes ghassaníes convertidos al cristianismo.

En cuanto a Avempace, Ibn Rushd (Averroes) e Ibn Tofail,* no se puede decir que no sean árabes bajo el mismo título que Al-Kindi porque no nacieron en Arabia, sobre todo si se quiere considerar que las razas humanas no se distinguen sino por sus lenguas y que, si esta distinción llegase a desaparecer, las naciones no tardarían en olvidar sus diversos orígenes. Los árabes, que pusieron sus armas al servicio de la religión mahometana y que fueron a la vez guerreros y apóstoles, no impusieron su lengua a los vencidos y en todos los lugares donde se establecieron la conservaron para sí con celoso esmero. Tal vez, el isla-*

mismo, al penetrar en los países conquistados con la violencia que conocemos, transplantó a ellos su lengua, sus costumbres y su doctrina, y esos países no pudieron desde entonces sustraerse a su influencia. Persia es un ejemplo; pero quizá al remontarnos a los siglos que precedieron a la aparición del islamismo, se encontraría que la lengua árabe no era del todo desconocida para los sabios persas. La expansión del islamismo le dio, es cierto, un nuevo auge y los sabios persas, convertidos a la fe mahometana, se honraron en escribir sus libros en la lengua del Corán. Los árabes no podrían, quizás, adjudicarse la gloria que ilustró a sus escritores, pero creemos que no necesitan adjudicársela; hubo entre ellos suficientes sabios y escritores célebres. ¿Qué sucedería si, al remontarnos a los primeros tiempos de la dominación árabe, no siguiéramos paso a paso el primer grupo del que se formó ese pueblo conquistador que extendió su poder en el mundo y, si, al eliminar todo lo que es ajeno a ese grupo o a su descendencia, no tuviéramos en cuenta ni la influencia que ejerció en las mentalidades ni el impulso que dio a las ciencias? ¿No nos llevaría eso a ya no reconocerles a los pueblos conquistadores más méritos ni más virtudes que las que se derivan del hecho material de la conquista? Todos los pueblos vencidos recobrarían así su autonomía moral y se atribuirían toda la gloria, y ninguna parte de ella podría ser legítimamente reclamada por el poder que fecundó y desarrolló sus gérmenes. De esta manera, Italia diría en Francia que ni Mazarino ni Bonaparte le pertenecieron; Alemania o Inglaterra reclamarían a su vez a los sabios que, llegados a Francia, ilustraron sus cátedras y realizaron el brillo de su fama científica. Los franceses, por su parte, reclamarían para sí la gloria de los vástagos de esas ilustres familias que después del edicto de Nantes emigraron a toda Europa. Pues si todos los europeos pertenecen al mismo tronco, se puede pretender, con todo derecho, que los harranés y los sirios, que son semitas, pertenezcan igualmente a la gran familia árabe.

Sin embargo, habría que preguntarse, cómo, después de haber arrojado una luz tan intensa sobre el mundo, se apagó de repente la civilización árabe; por qué no se volvió a encender después esa antorcha, y por qué el mundo árabe permanece todavía sepultado entre profundas tinieblas.

Aquí parece total la responsabilidad de la religión musulmana. Es evidente que, en todos los lugares donde se establece, esta religión ha tratado de sofocar las ciencias, y el despotismo ha servido maravillosamente bien a sus propósitos. Al-Siuti cuenta que el califa Al-Hadi hizo desaparecer en Bagdad a cinco mil filósofos para destruir incluso el germen de las ciencias en los países musulmanes. Aun admitiendo que esta historia haya exagerado

el número de víctimas, no deja de establecer que por lo menos esta persecución tuvo lugar y es una mancha sangrienta para la historia de un pueblo. Podría encontrar en el pasado de la religión cristiana hechos análogos. Las religiones, cualquiera que sea el nombre que las designe, se parecen todas. Ningún entendimiento ni ninguna reconciliación son posibles entre esas religiones y la filosofía. La religión impone al hombre su fe y su creencia, mientras que la filosofía lo libera totalmente o en gran parte. ¿Cómo se pretende, entonces, que se entiendan entre sí? Cuando la religión cristiana, en las formas más modestas y más seductoras, entró en Atenas y en Alejandría, que eran, como todos saben, las dos principales sedes de la ciencia y la filosofía, su primera preocupación fue, después de establecerse sólidamente en esas dos ciudades, dejar de lado a la ciencia propiamente dicha y a la filosofía, tratando de sofocar tanto a una como a otra bajo las marañas de las discusiones teológicas para explicar los inexplicables misterios de la Trinidad, la Encarnación y la Transubstanciación. Siempre será así. Cualquiera que sea la fe que defienda la religión, esta eliminará a la filosofía; y lo contrario sucede cuando es la filosofía la que domina como ama y señora. Mientras exista la humanidad, no cesará la lucha entre el dogma y el libre examen, entre la religión y la filosofía; lucha encarnizada en la cual, me temo, el triunfo no será para el libre pensamiento; porque la razón desagrada a la muchedumbre y sus enseñanzas sólo son comprendidas por algunas inteligencias de elite, y porque, también, la ciencia, por bella que sea, no satisface por completo a la humanidad, que tiene sed de ideales y gusta de sobrevolar regiones oscuras y lejanas que los filósofos y otros sabios no pueden ni percibir ni explorar.

APÉNDICE DE LA CONFERENCIA ANTERIOR

Un jeque afgano, notablemente inteligente, de paso por París, presentó, en el número del 18 de mayo de 1883 del *Journal des débats*, observaciones sobre la conferencia anterior; le respondí al día siguiente, en el mismo periódico, lo que viene a continuación.

Leí ayer, con el interés que se merecen, las juiciosas reflexiones que mi última conferencia en la Sorbona hizo surgir en el jeque Djamel Eddín. Nada más instructivo que estudiar así, en sus manifestaciones originales y sinceras, la conciencia del asiático ilustrado. Escuchando las voces más diversas, llegadas de los cuatro

rincones del horizonte en favor del racionalismo, es como llega uno a convencerse de que, si bien las religiones dividen a los hombres, la razón los acerca y que, en el fondo, sólo hay una razón. La unidad de la mente humana es el resultado grande y consolador que surge del conflicto pacífico de las ideas cuando se dejan de lado los opuestos de las revelaciones llamadas sobrenaturales. La liga de las mentes lúcidas de la tierra entera contra el fanatismo y la superstición es, en apariencia, el hecho de una imperceptible minoría; en el fondo, es la única liga durable, porque se basa en la verdad y terminará por ganar, después de que las fábulas rivales se hayan agotado en series seculares de convulsiones impotentes.

Hace aproximadamente dos meses conocí al jeque Djamel Eddín, gracias a nuestro querido colaborador, el señor Ghánem. Pocas personas me han provocado una impresión más profunda. En gran parte, la conversación que sostuve con él fue lo que me decidió a elegir como tema de mi conferencia en la Sorbona las relaciones de la mente científica con el islamismo. El jeque Djamel Eddín es un afgano totalmente desprovisto de los prejuicios del islam; pertenece a las razas enérgicas del alto Irán, vecino de India, donde la mente aria permanece llena de energía bajo la capa superficial del islamismo oficial. Él es la mejor prueba de ese gran axioma que a menudo hemos proclamado, a saber, que las religiones valen lo que valen las razas que las profesan. La libertad de su pensamiento y su noble y leal carácter me hicieron creer, mientras conversaba con él, que tenía frente a mí, como un resucitado, a alguno de mis antiguos conocidos, Avicena, Averroes, o algún otro de aquellos grandes infieles que representaron durante cinco siglos la tradición de la mente humana. El contraste era sobre todo sensible para mí si comparaba esta impresionante aparición con el espectáculo que presentan los países musulmanes, con excepción de Persia, países donde la curiosidad científica y filosófica es tan escasa. El jeque Djamel Eddín es el más bello caso de protesta étnica contra la conquista religiosa que se pueda citar. Él confirma lo que los orientalistas inteligentes de Europa han dicho a menudo: que Afganistán es, de toda Asia, con excepción de Japón, el país que presenta más elementos constitutivos de lo que llamamos una nación.

No veo en el sabio escrito del jeque más que un punto en el que estemos realmente en desacuerdo. El jeque no admite las distinciones que la crítica histórica nos lleva a hacer en esos grandes hechos complejos que se llaman imperios y

conquistas. El imperio romano, con el cual la conquista árabe tiene tantas relaciones, hizo de la lengua latina el órgano de la mente humana en todo Occidente hasta el siglo XVI. Alberto el Grande, Rogerio Bacon y Spinoza escribieron en latín. Sin embargo, no por eso son latinos. En una historia de la literatura inglesa se les da un lugar a Beda y a Alcuino; en una historia de la literatura francesa ponemos a Gregorio de Tours y a Abelardo. Ciertamente, no es que ignoremos la acción de Roma en la historia de la civilización, tanto como no ignoramos la acción árabe. Pero estas grandes corrientes humanitarias exigen que se las analice. No todo lo que se escribió en latín es para gloria de Roma; no todo lo que se escribió en griego es obra helénica; no todo lo que se escribió en árabe es producto árabe; no todo lo que se hizo en países cristianos es efecto del cristianismo; no todo lo que se hizo en países musulmanes es fruto del islam. Este es el principio que el profundo historiador de la España musulmana, el señor Reinhard Dozy, cuya pérdida deplora en este momento la Europa sabia, aplicaba con inusual sagacidad. Ese tipo de distinciones son necesarias si no se quiere que la historia sea una sarta de aproximaciones y malentendidos.

Un aspecto por el cual pude haberle parecido injusto al jeque es que no desarrollé lo suficiente la idea de que cualquier religión revelada se ve inducida a mostrarse hostil con la ciencia positiva, y de que el cristianismo nada tiene que envidiarle al islam a este respecto. Esto está fuera de duda. El catolicismo no trató mejor a Galileo que lo que el islamismo trató a Averroes. Galileo encontró la verdad en un país católico a pesar del catolicismo, al igual que Averroes filosofó noblemente en un país musulmán a pesar del islam. Si no insistí más en este punto fue, a decir verdad, porque mis opiniones al respecto son lo bastante conocidas para no tener que repetirlas ante un público al corriente de mis trabajos. He dicho, con suficiente frecuencia como para no tener que repetirlo en cada ocasión, que la mente humana debe deshacerse de cualquier creencia sobrenatural si quiere trabajar en su obra esencial, que es la construcción de la ciencia positiva. Esto no implica destrucción violenta ni ruptura brusca. No se trata, para el cristiano, de abandonar el cristianismo ni, para el musulmán, de abandonar el islam. Se trata, para las partes ilustradas del cristianismo y del islam, de llegar a ese estado de indiferencia condescendiente en el que las creencias religiosas se vuelven inofensi-

vas. Esto se hace en aproximadamente la mitad de los países cristianos; esperemos que se haga para el islam. Naturalmente, ese día, el jeque y yo estaremos de acuerdo en aplaudir muy fuerte.

Yo no dije que todos los musulmanes, sin distinción de raza, son y serán siempre ignorantes; dije que el islamismo creó grandes dificultades para la ciencia y, desgraciadamente, ha logrado, desde hace quinientos o seiscientos años, casi suprimirla en los países que domina; lo que constituye para esos países una causa de extrema debilidad. Creo, en efecto, que la regeneración de los países musulmanes no se hará por el islam: se hará por el debilitamiento del islam, como también el gran impulso de los países llamados cristianos comenzó con la destrucción de la iglesia tiránica de la Edad Media. Algunas personas vieron en mi conferencia una opinión malintencionada contra los individuos que profesan la religión musulmana. Nada de eso; los musulmanes son las primeras víctimas del islam. Varias veces pude observar, en mis viajes a Oriente, que el fanatismo viene de unos cuantos hombres peligrosos que mantienen a los demás en la práctica religiosa mediante el terror. Emancipar al musulmán de su religión es el mejor servicio que se le puede hacer. Al desearles a esas poblaciones, entre las cuales existen tantos buenos elementos, que se liberen del yugo que pesa sobre ellas no creo desearles nada malo. Y como el jeque Djamel Eddín quiere que tenga la balanza equilibrada entre los diversos cultos, no creo hacer un mal voto para algunos países europeos al desearles que el cristianismo tenga en ellos un carácter menos dominante.

El desacuerdo entre los liberales sobre estos diferentes puntos no es muy profundo, ya que, favorables o no al islam, todos llegan a la misma conclusión práctica: difundir la enseñanza entre los musulmanes. Esto es perfecto, con tal de que se trate de enseñanza seria, de la que cultiva la razón. Que los jefes religiosos del islamismo contribuyan a esta obra excelente me encantaría. Pero, para hablar francamente, dudo un poco de que lo hagan. Se formarán individualidades distinguidas (habrá pocas tan distinguidas como el jeque Djamel Eddín) que se separarán del islam, como nosotros nos separamos del catolicismo. Algunos países, con el tiempo, casi romperán con la religión del Corán; pero dudo que el movimiento de renacimiento se haga con el apoyo del islam oficial. El renacimiento científico de Europa tampoco se hizo con el apoyo del catolicismo y hoy día, sin que haya

mucho por qué asombrarse, el catolicismo lucha todavía para impedir la plena realización de lo que compendia el código racional de la humanidad, el Estado neutro, fuera de los dogmas considerados como revelados.

Por encima de todo, como algo supremo, ponemos la libertad y el respeto a los hombres. No destruir las religiones, tratarlas incluso con condescendencia, como manifestaciones libres de la naturaleza humana, pero no garantizarlas, sobre todo no defenderlas contra sus propios fieles que tienden a separarse de ella, es el deber de la sociedad civil. Reducidas así a la condición de objetos libres e individuales, como literatura, la afición, las religiones se transformarán por completo. Privadas del lazo oficial o concordante, se desagregarán y perderán la mayor parte de sus inconvenientes. Todo esto es utopía en este momento; todo será realidad en el futuro. ¿Cómo se comportará cada religión con el régimen de la libertad que se impondrá, después de las acciones y reacciones, a las sociedades humanas? No se puede examinar en unas cuantas líneas un problema semejante. En mi conferencia solamente quise tratar una cuestión histórica. Me parece que el jeque Djamel Eddín aportó argumentos considerables a mis dos tesis fundamentales: durante la primera mitad de su existencia el islamismo no impidió que el movimiento científico se produjera en tierra musulmana; durante la segunda mitad de su existencia sofocó en su seno el movimiento científico, ¡y fue para desgracia suya! ❧